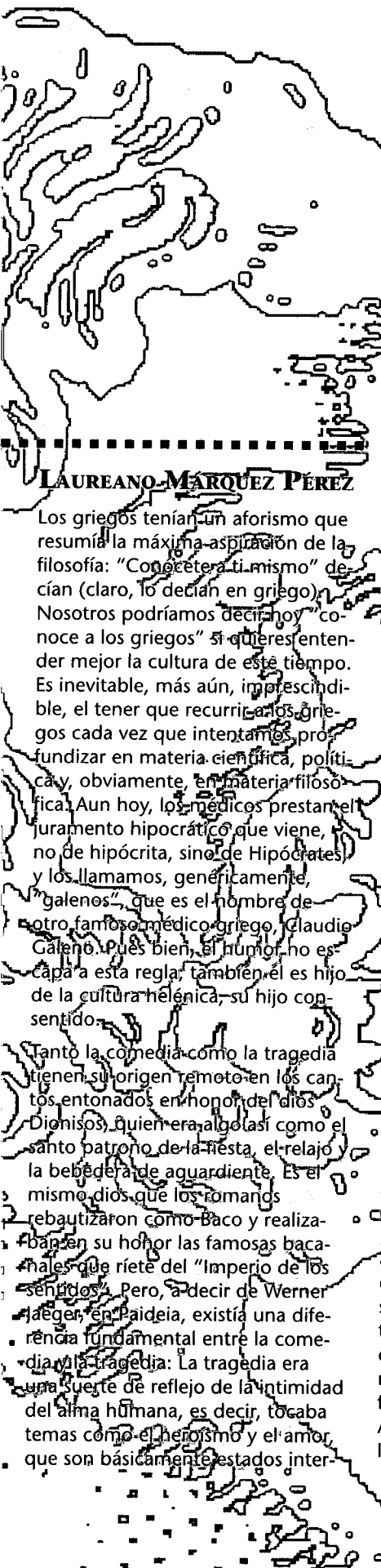


Los griegos rieron primero



LAUREANO MÁRQUEZ PÉREZ

Los griegos tenían un aforismo que resumía la máxima aspiración de la filosofía: "Conócete a ti mismo" decían (claro, lo decían en griego). Nosotros podríamos decir hoy "conoce a los griegos" si quieres entender mejor la cultura de este tiempo. Es inevitable, más aún, imprescindible, el tener que recurrir a los griegos cada vez que intentamos profundizar en materia científica, política y, obviamente, en materia filosófica. Aun hoy, los médicos prestan el juramento hipocrático que viene, no de hipócrita, sino de Hipócrates y los llamamos, genéricamente, "galenos", que es el nombre de otro famoso médico griego, Claudio Galeno. Pues bien, el humor, no escapa a esta regla; también él es hijo de la cultura helénica, su hijo consentido.

Tanto la comedia como la tragedia tienen su origen remoto en los cantos entonados en honor del dios Dionisos, quien era, algo así como el santo patrono de la fiesta, el relajó la bebedera de aguardiente. Es el mismo dios que los romanos rebautizaron como Baco y realizaban en su honor las famosas bacanales que rieté del "Imperio de los sentidos". Pero, a decir de Werner Jaeger, en Paideia, existía una diferencia fundamental entre la comedia y la tragedia: La tragedia era una suerte de reflejo de la intimidad del alma humana, es decir, tocaba temas como el heroísmo y el amor, que son básicamente estados inter-

nos del espíritu. La comedia se proponía todo lo contrario: se convirtió en lo que llamaban los griegos "espejo de la vida", haciendo burla de todo lo malo, reprobable e indigno de la sociedad de aquel tiempo.

Surge, pues, el humorismo en Grecia con un marcado contenido político, pero en el más laxo sentido de la palabra, es decir, lo público. El pueblo esperaba ver reflejados en la comedia los problemas cotidianos de la sociedad. Pero el poder del humor iba mucho más allá: era formador de opinión pública; en otras palabras, algo así como la prensa de la época, pero con la diferencia de que, en vez de diaria, su misión era anual. De allí la elevada misión que recaía sobre los hombros de la comedia: La crítica política y la educación de los griegos.

El ejemplo más claro de lo señalado lo encontramos en las comedias de Aristófanes, sin duda el más importante comediógrafo de la antigüedad y de quien se conservan varias comedias completas. En una de ellas, "Las Nubes", Aristófanes hace una crítica demoledora de los sofistas (Sofista, en griego antiguo, significaba algo así como "falso sabio"), por considerarlos unos charlatanes carentes del más elemental sentido ético. Uno de los personajes de esa comedia es, justamente, o digamos, más bien, injustamente, Sócrates, quien es incluido por el autor dentro de ese grupo de manipuladores. El Sócrates de Aristófanes se presenta a sí mismo con poderes sobrenaturales, como el de volar por las nubes, atreviéndose incluso a dudar de los dioses de Atenas. Tal es la fuerza de esa parodia del filósofo, que algunos de los argumentos que usarán los jueces para condenarlo provienen, a decir del mismo acusado en su discurso de defensa, de la comedia "Las Nubes". Al final, Sócrates terminó bebiendo la cicuta, con lo que se demuestra la

gran fuerza política del humor en Grecia, vinculado directamente con la muerte nada menos que de "el más sabio y el más justo de todos los hombres".

El mismo Sócrates tenía un extraordinario sentido del humor; andaba por la vida mostrándole a las personas las contradicciones en las cuales incurrieran, poniendo en evidencia la ignorancia de los tenidos como sabios. En su alegato de defensa, termina pidiendo no sólo que no se le condene, sino que se le dé alimentación gratuita por el resto de su vida a cuenta de la Polis, con lo cual se burlaba abiertamente del tribunal que lo condenaba a muerte.

Para no dejar duda alguna acerca del protagonismo político y cultural que tuvo la comedia griega, puede agregarse un dato sumamente interesante: En algún momento de su evolución, el Estado exigió a los ciudadanos ricos de Atenas una contribución para el sostenimiento de la comedia, con lo cual no sólo se le daba rango de servicio público, sino que incluso se obligaba a los burlados a pagar las burlas que de ellos se hacían. No cabe duda de que, para hacer estas cosas, una sociedad tiene que haber alcanzado grandes niveles de inteligencia colectiva, pues un pueblo que es capaz de reírse de sí mismo demuestra que es feliz. No es accidental que la estructura física del teatro griego simule el pabellón de una oreja gigante. Claro, era el gran oído de un pueblo lo suficientemente maduro como para escuchar sus propias críticas; un pueblo que con su humor parece decirnos que es mejor reír juntos que llorar por separado.

LAUREANO MÁRQUEZ PÉREZ
Politólogo y humorista

HUMOR